EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... „ 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

Año VI—Tomo X. —Núm. 6.

MEXICO, FEBRERO 5 DE 1888.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

MARÍA JOSEFA MASSANÉS,
Escritora Española.

Una gloria española.

Alboreaba nuestro siglo XIX, tan fecundo en grandes acontecimientos, y llamado á resolver tantos problemas, siglo inquieto, tormentoso, enamorado, ardiente de luz, y campeón decidido del progreso, por lo mismo que naciera entre las densas brumas de la preocupación y de la ignorancia. Sus primeras y espléndidas manifestaciones, coincidieran con el nacimiento de la esclarecida poetisa, María Josefa Massanés, hermosa y seductora personificación del progreso femenino, y de la antigua fe cristiana, siempre fecunda en héroes y mártires y eterna inspiradora de conmovedores poemas. Las complacientes musas, debieron sonreir dichosas, cuando en Marzo de 1811 un pálido rayo de sol, á despecho de persistentes nubes, se abrió paso, filtrando por el ventanal de una iglesia de Tarragona, para rodear como celeste aureola, la cabeza de una recien nacida, inclinada sobre la pila del bautismo, y llamada á ser en lo porvenir la primera poetisa española, cantora entusiasta de la virtud, modelo perfecto de damas, y más que mujer, una santa, por el constante é íntimo ejercicio de todas las virtudes.

Bien puede enorgullecerse Cataluña, de haber mecido la cuna de María Josefa Massanés; con justicia es en el Parnaso español de nuestro siglo, la primera musa, la gallarda flor, que se yergue inocente, desafiando el vendabal de las preocupaciones, para evidenciar las excepcionales dotes de su sexo. Mil veces ha sido grato á nuestra pluma, ensalzar los méritos literarios de las mujeres de nuestro siglo, porque consideramos un deber, salir á la defensa de una parte de la humanidad, lastimosamente desconocida; pero hoy nuestra tarea es más grande, puesto que se trata de evocar la memoria augusta, de una escritora notable, la primera que apareciera en nuestro siglo, y á la que cupo en suerte, inaugurar el difícil sendero progresivo, donde después conquistaron gallardas palmas, Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda, arrostrando la literata insigne, con serena mirada y dulce sonrisa, la crítica, la prevención, y aun los dardos acerados de la negra envidia. ¡Era tan reducida la esfera de acción concedida á la mujer, á principios de este siglo! transcurrieron los primeros años de la vida de nuestra poetisa, en el seno de una familia tan rígida, que en verdad es preciso concederle una gran perseverancia, y lo que se llama predestinación, para que no se ahogaran al nacer, los primeros vuelos de su peregrino ingenio.

Durante el reinado de la reina gobernadora Doña María Cristina, en 1833 vieron la pública luz, las primeras y fogosas composiciones de Josefa Massanés, y sobreponiéndose á las preocupaciones de la época, por el sentimiento exquisito que rebosaban, y se imponían á los lectores, la primera corona de laurel, anhelada recompensa del genio, ciñera la frente juvenil de nuestra poetisa. A partir de la modesta y simpática revelación de su ingenio, la carrera literaria de la cantora española, fué un continuado triunfo. Identificada con los dolores y alegrías de la madre patria, su dulce musa, convirtióse en eco varonil, cantando con sentidos acentos, cuantos sucesos conmovieran nuestra España, ayer como hoy, agitada é incierta en sus destinos. Ningún corazón como Josefa Massanés, sintiera mayor entusiasmo, ante los grandes hechos que abrillantan nuestra historia, nadie como ella, supo conmover con tanta dulzura, las fibras más delicadas del alma: si un día arrojaba, enardecida por el patrio amor, palmas y laureles á los piés del triunfante guerrero, laureles y palmas simbolizadas en armoniosísimos versos, otro día, cantaba con inimitable ternura, las dichas del hogar, ó daba formas bellísimas á sus sentimientos, con *El Beso maternal*, composición delicada y tierna, profundamente sentida, que balbucean graciosamente los niños, aún hoy en nuestras escuelas.

No vamos á seguir paso á paso, la brillante carrera literaria de la primera poetisa española de nuestro siglo, para estudio detenido y exacto de esa venerable anciana, que ha poco bajara á la mansión de la tumba, con la tranquilidad del justo, basta el bello y acabado trabajo, que recientemente ha publicado la joven y elegante escritora catalana, Doña Dolores Moncerdá de Macía, la amiga predilecta de la venerable escritora, su alumna y el consuelo de los últimos años de su vida, lo ha hecho cumplidamente, impulsada por la gratitud y el amor; por eso han brotado primores de su pluma, y más de una vez, hemos desviado los ojos de aquellas páginas cariñosas, para enjugar furtiva lágrima, hija al par de la admiración y del dolor. Seguramente no podríamos nosotros hacerlo mejor, porque Dolores Moncerdá, en íntimo contacto con Josefa Massanés, conocía más que nadie, todos los pliegues de aquel hermoso corazón, en el que cupieron todas las virtudes humanas, y ha podido llevar por lo tanto á feliz término, un trabajo notable, por el cual la felicitamos sinceramente, desde las columnas de esta ilustraciónn hispano-americana, consagrada por entero al progreso femenino.

Repetimos pues, que no es estudio detallado el nuestro, sino entusiastas líneas, que acompañaron al retrato, líneas tal vez agrupadas, sin orden ni concierto, pero inspiradas en el respeto y la admiración que se merece, quien, como María Josefa Massanés de González, escribiera una página de gloria, en la historia de nuestra literatura. Dos tomos de poesías publicara la escritora insigne, y en ellos recorre de un modo magistral, la inmensa variedad de tonos que distingue á la poesía, revistiendo de maravillosa delicadeza, las ideas más nobles y levantadas. Su nombre en alas de la Fama se extendió por el mundo, en extranjeros países se tradujeron sus poesías. España multiplicaba ante su paso los honores; ateneos y academias se gloriaban de ostentar el nombre de Josefa Massanés, entre sus sócios, y Carolina Coronado, esa hermosa estrella, hoy eclipsada, y que un día brillára con luces deslumbradoras en el cielo de la patria poesía, exclamaba al hablar de la inspirada cantora catalana: "Algún día, ¡oh gran poetisa! la generosa Barcelona que jamás deja sin recompensa los talentos y las virtudes de sus hijos, elevará un monumento á tu grata memoria. Tú no serás la Safo española, porque tu casta musa no ha sabido cantar la pasión frenética del amor, ni el delirante transporte de los celos, como la pagana griega, pero tú has sabido cantar á Dios como la doctora de Avila, y serás la Santa Teresa de Cataluña." En efecto, la musa cristiana, tuvo en Josefa Massanés, admirable intérprete, sus cantos bíblicos son grandiosos, conmovedores y al par sencillos, como participantes é hijos, de aquel admirable libro, donde nuestra poetisa buscaba eternos consuelos, á sus infinitas amarguras. Pocas personificaciones literarias de nuestros días han visto su nombre, rodeado por la hermosa aureola que circundaba al de la Massanés; la lista de sus triunfos literarios, es interminable, España se sentía orgullosa con poseer aquella *princesa de su literatura*, como la llamaba el entusiasta trovador del Siglo XIX Don Víctor Balaguer, hoy ministro de Ultramar, y Cataluña adoraba en ella, la personificación más simpática y modesta de la poetisa y la mujer. Jamás los triunfos ruidosos y merecidos, desvanecieron aquella noble cabeza, donde hallaban hermoso refugio los más levantados ideales: sencilla y buena, siempre jovial y espontánea, tanto como su talento, atraía la bondad que reverberaba en su expresivo rostro. Si quisiéramos en este breve trabajo, hablar de la poetisa como se merece, debiéramos escribir un tomo, y aún en él quedarían sin mentar muchos de los triunfos conseguidos durante su dilatada existencia; pero si dejando á un lado su brillante personalidad literaria, vamos á buscar á nuestra poetisa, en la época de la vida íntima, desalentada caerá la pluma de nuestra torpe mano, incapaz de describir con toda su encantadora belleza, las muchas virtudes que atesoraba su alma. Es cierto por desgracia, que el dolor fué siempre su inseparable compañero; pero nunca las contrariedades pudieron detener un momento sus generosos impulsos. Desde la niñez, fué la providencia, la alegría y aún la salvación de sus abuelos; casada ya, convirtióse en modelo ternísimo de esposa, y como Dios no

le concediera la inmensa dicha de ser madre, no por ello dejó de experimentar las fatigas é inquietudes de la maternidad, adoptando tres huérfanos que hallaron en Josefa Massanés, la más inteligente y cariñosa de las madres. En las varias y dolorosas alternativas que sufrió su casa á raíz de inolvidables sucesos políticos, dos veces se vió en el caso de afrontar ella sola, la situación, recurriendo á labores femeninas, y á la fundación de un colegio, para ganar el preciso sustento de su querida familia. ¡Noble y santa mujer, admirable siempre, lo mismo en los grandes méritos literarios, que en la práctica de las sublimes virtudes domésticas, Dios quiso probar de varios modos, el temple de alma de aquella hija predilecta del genio: uno tras otro fueron desapareciendo en la tumba, todos los séres que la habían querido y ella adoraba, sus últimos años transcurrieron en la soledad, en el aislamiento, en la ausencia tristísima de esas caras afecciones de familia, que prestan dulce calor al corazón. Ingrata para con ella la fortuna, de sus pasadas glorias, sólo le restaban algunas contadas amistades, que como su brillante discípula Dolores Moncerdá y los Sres. Rubio y Ors, y Miquel y Badía hijos preclaros de nuestra querida Cataluña, prestaban un rayo de animación á su solitaria y triste vejez.

Cúpome en suerte conocer á la poetisa insigne, en los postreros años de su vida, y conservo de ella dulcísimo recuerdo, que no lograrán borrar ni el tiempo ni los vaivenes de la agitada existencia. Amable y cariñosa siempre, y amiga de alentar á la soñadora juventud que su nombre era tan grato para mí, antes de abandonar mi bella Barcelona para buscar en la corte española esa brillante esfera de acción que tanto nos seduce, á cuantos soñamos con la gloria literaria, sentí irresistibles impulsos de conocer aquella bondadosa anciana, para quien tantas coronas tejiera la Fama, y hallé en su modesta quinta, afectuosa acogida. Con amabilidad nunca desmentida, se prestó á que registrara su biblioteca, saqué apuntes interesantísimos que conservo, leí cartas, de las cuales conservo copia y pueden servir para un estudio completo de la afamada escritora, estudio que si me deja en lo porvenir espacio, el incesante batallar de la absorbente literatura, llevaré á cabo, desbordando en él, toda la admiración que en mí despiertan las obras de María Josefa Massanés, y el cariñoso recuerdo que de ella conservo en el fondo del alma. Todavía creo verla, ornada la amplia frente de blanquísimos cabellos, postrera corona que ciñera el tiempo, á unas sienes que habían ostentado todas las que se consagran al genio y á la virtud, su mirada cariñosa é inteligente, se posaba en mí con dulzura infinita, con expresión que tenía algo de maternal, animándome á seguir la difícil carrera, donde ella cosechara envidiables triunfos. Nunca se borró de su rostro, durante la serie de nuestras conversaciones, su bondadosa sonrisa, ni aún al relatarme alguno de sus íntimos pesares, que escuché con religioso respeto, pues aquella ancianidad solitaria y resignada, me oprimió el corazón. ¿Acaso sea herencia fatal del genio el infortunio? No lo sé, pero aquella quinta medio ruinosa, aquel jardin inculto, donde las flores crecían á su antojo, con adorable libertad, aquella biblioteca atestada de libros, que simbolizaban otra época más dichosa, y aquella mesa junto á la cual un día me senté, para acompañar su solitario almuerzo, dejaron en mi alma una impresión dulce y dolorosa á la par, que en vano trataría de trasladar á estas incorrectas cuartillas.

Hoy María Josefa Massanés, la que fué decano de las escritoras españolas, ha muerto, su alma hermosa ha volado á la mansión de eterna paz, en busca de la recompensa á que la hicieron acreedora sus virtudes, su talento y cristiana resignación. Pocos, pero fieles amigos, acompañaron el cuerpo á su postrera morada: el astro ha tiempo que se había eclipsado, y los últimos años de su vida se deslizaron en medio de la soledad y la tristeza. No sólo las letras españolas pierden con su muerte una de sus glorias más legítimas, la musa catalana, esa musa que tantos resortes y energía posee, para expresar sus impresiones, gime dolorida, puesto que Josefa Massanés también enriqueció con hermosas filigranas, tan admirable literatura. La ilustre poetisa, deja los lauros conquistados durante su dilatada vida literaria, á la Virgen de las Mercedes, de quien fué especial devota, pues que ya hemos dicho antes, que además de castiza literata, simbolizára el tipo perfecto de la mujer cristiana, y sus libros los lega á la Biblioteca-Museo-Balaguer, de Villanueva y Geltrú, patriótica fundación, debida al entusiasmo que por las letras y Cataluña siente, el actual Ministro de Ultramar. El retrato de la eximia y nunca bastante ponderada poetisa, figura ya en la galería de Catalanes ilustres, con que se enriquece el *Museo Balaguer*, y en la solemne sesión celebrada allí con este objeto, la distinguida escritora catalana Dolores Moncerdá de Macía, leyó el bello y concienzudo estudio, de las obras de la Massanés, que en otro lugar mencionamos.

Nada más, respeto á la esclarecida poetisa que motiva estas líneas y cuyo retrato se honra publicando *El Album de la Mujer*. Vivió María Josefa Massanés 76 años y tan dilatada y ejemplar vida, bien merecía que la prensa española unánime, dedicara elocuentes párrafos á su memoria. Sin embargo, no ha sido así, sólo contadísimos periódicos dieron cuenta de su fallecimiento. La ley del olvido es inevitable y fatal. La mujer que en España llenó con su nombre los anales de nuestro siglo, abriendo la difícil senda, por otras después emprendida, esta mujer repetimos, ha muerto olvidada ó poco menos. ¡Tanta luz primero en su existencia, y tanta sombra después! No importa, para admiración eterna de su talento, nos restan sus incomparables poesías; para recordarla con cariño, nos basta el perfume de sus virtudes, no desvanecido todavía. Los hombres siempre olvidadizos, han podido negar á la poetisa insigne, la postrer hoja de laurel, Dios concederá sin duda á la ejemplar mujer, que recorriera con firme paso el camino de la gloria y del dolor, la corona sin espinas, reservada á los mártires y á los santos.

JOSEFA PUJOL DEL COLLADO.

Madrid, 1887.

La revolución y las mujeres.

NO sería osado afirmar que la mujer ha contribuido poderosamente á la formación del espíritu que ha determinado, en todas partes, el desbordamiento de la cólera popular en esas grandes y tremendas conmociones sociales que se llaman revoluciones. Aunque en ellas no aparezca, á veces, de un modo evidente la labor de la mujer, no por silenciosa y oculta deja de ser menos influyente y decisiva. Es un trabajo profundo, perseverante, que poco á poco va forjando el yunque en que se laboran las temibles sublevaciones. En su seno siempre palpita el esfuerzo femenino. La mujer ha ido lentamente, pero con sostenido y no desmayado empeño, creando la caldeada atmósfera moral indispensable para la explosión de los movimientos revolucionarios.

Bien haya engendrado el odio de la mujer hacia el poder público la actitud asumida por éste en cuestiones económicas trascendentes á las más perentorias necesidades de la vida y del hogar doméstico, tan caro á la mujer; bien se haya concitado su irritada hostilidad con actos políticos de tal naturaleza, que con ellos se hayan herido vivamente los afectos más íntimos y arraigados de la mujer; en una palabra, sea cual fuere la causa que haya producido la implacable enemistad de aquella, el odio provocado comienza entonces á realizar su fina y destructora obra de demolición, que ha de echar por tierra, en días no distantes, el sólido y robusto edificio.

La mujer pone en juego sus irresistibles encantos para el mejor éxito de los propósitos que acaricia, y en los que tan interesada se encuentra por el apasionamiento que le inspira la causa que se los ha dictado. Es esposa, es madre, hija, hermana, y en el alma de todos esos séres que la colocan en estas diversas situaciones,

Copia de un retrato de la Esposa de Van Dyck, pintado por él mismo.

CUADRO REALISTA.—UN RATÓN.

va sembrando la semilla del odio y de la venganza, destinada á germinar con el tiempo.

Todos los grandes y verdaderos sentimientos son comunicativos é imponentes, y cuando es la mujer la que los alienta, trócanse en contagio avasallador, en fuerza pasional que impulsa y arrastra aun á los hombres más fríos ó irresolutos. La timidez desaparece, la vacilación cesa, y empiezan á funcionar el entusiasmo y la energía. El hogar de cada ciudadano se convierte en pequeño centro de conspiración irreprimible y permanente. En él se oye la queja amarga, se siente la cólera honda, se escucha la ardorosa excitación, y, á la larga, esta queja, esta cólera, esta excitación, que parten de todos los hogares, que surgen de todos los pechos, se condensan en aspiración general, que si no logra realizarse por los medios pacíficos que proporcione una legalidad más ó menos amplia, acudirá á las medidas violentas, á los recursos supremos, á las resoluciones extremadas de la desesperación. Entonces se ve la revolución material, la que se desarrolla en la ciudad ó en el campo, la que ejecuta el hombre; pero no se quiere comprender ó recordar que antes le precedió la revolución moral, la que se fué fraguando en los corazones, la que tuvo á la mujer por principal artista.

Cualquiera causa que tenga de su parte á la mujer, á la que ésta rinde culto fervoroso en el amor que le consagre, cualquier causa que convierta en agente suyo á la mujer, y que la haya logrado apasionar, bien puede contar desde luego con que hará rápidos y sorprendentes progresos, á través de todos los contratiempos ó derrotas pasajeras que experimente en su lucha contra las instituciones antiguas á las cuales combata, y trate de derrocar para sustituirlas con otras más nobles y elevadas. Abrazada con pasión una doctrina por la mujer, no habrá sacrificio que no realice por propagarla y hacerla vencer, empleando su agradable, misteriosa y no igualada influencia sobre el hombre para atraerlo á sus ideas, convirtiéndolo en prosélito enérgico y decidido.

Suerte precaria es la de la nueva doctrina cuando no ha conseguido romper la frialdad ó indiferencia con que la haya acogido la mujer, que entonces procura sustraer al hombre del halago y poder de unas ideas que no han despertado en ella ningún sentimiento fuerte y que desdeña por consiguiente, porque la mujer no juzga sino siente, siendo sus afectos el criterio á que somete sus acciones. Es mucho más ventajoso para cualquier causa la conquista del corazón que la de la inteligencia. El sentimiento casi siempre subyuga la creencia, y es camino directo y seguro el que conduce á la convicción por medio del afecto. Y tan es así, que en varias ocasiones se ha visto triunfar una causa más que por su bondad y su justicia, por la simpatía y el cariño que supo granjearse ampliamente.

Si hay alguna causa que de tal modo se impone á la mujer, que hace de ella ferviente sacerdotisa, que la presta todos sus anhelos y entusiasmos, esa causa tiene hecha ya la mitad de su carrera, porque su precioso auxiliar sabrá con la fuerza que le infunde el amado ideal, obtener para éste la adhesión de los hombres, cuya prudencia corre el riesgo de no poder contrarrestar el dominante é invencible influjo de que dispone la mujer. Todas las seducciones de que es capaz le servirán para la imposición de los principios y esperanzas acariciados, y de los cuales hace sostenedores y partícipes aún aquellos á quienes sea más difícil adoptar sin previo y maduro examen un nuevo orden de instituciones, porque en semejantes caracteres trábase empeñada lucha entre la razón que quiere analizar con paciencia para decidirse después, y el corazón movido por el sentimiento alentado en el de la mujer, y que ha comunicado al ajeno; lucha en la cual rara vez pierde el órgano de las afecciones, que no en vano son tan deliciosas y fascinadoras las facultades de la mujer que á despecho de la conciencia que advierte el peligro, se deja conducir el hombre por la suave y exquisita corriente que le impele á complacer á la mujer, obsequiando sus queridos y suspirados deseos.

Por esto se explica perfectamente que en todas las grandes revoluciones desempeñe papel importantísimo la mujer, á la que se debe la decisión con que las sirven los revolucionarios excitados y enardecidos por las predicaciones femeniles. Lo mismo en las insurrecciones de Italia que han dado por resultado la constitución definitiva de esta nacionalidad, como en las revoluciones francesas que han culminado en los actuales organismos políticos de la Francia; lo mismo en la América del Norte que en la América del Sur, el historiador observa y descubre la labor realizada por la mujer en pro de la idea revolucionaria, muchas veces sin darse cuenta de la trascendencia de sus actos y de sus palabras, que paulatinamente aglomeraban los combustibles que más adelante habían de producir inmensas y no domeñadas sublevaciones.

GASTÓN MORA Y VARONA.

Habana, 1888.

¡Pobres niños expósitos!

....Y Jesús dijo: "Dejad á los niños venir á mí y no se lo estorbeis, porque de los tales es el reino de Dios." Y abrazándolos y poniendo sobre ellos sus manos, los bendijo.—Evangelio de San Marcos, cap. 10.

Allí están con sus tiernas manecitas
Demandando piedad al cielo santo,
Las inocentes víctimas proscritas
Y condenadas al ludibrio y llanto;
Allí están esos hijos sin ventura
De la humana flaqueza ó la locura.
En solitaria cuna reclinados,
La boca hambrienta, la mirada esquiva,
Por mercenario pecho alimentados
Con escasa sustancia nutritiva,
No hay quien se acuerde de su pena insana
Si no la ardiente caridad cristiana.
En vano ¡oh Dios! sus miembros ateridos
El calor buscan del materno pecho,
¡Ay! la madre no acude á sus vagidos,
Ni murmura cantar junto á su lecho,
Ni vela su dormir, ni da á sus frentes
Apasionados ósculos ardientes.
Cae la fría lluvia del Enero,
Fulmina el sol de estío sus rigores,
Y siempre, siempre, el mísero Inclusero
En la orfandad, el llanto y los dolores,
Ve de su vida el curso oscuro y lento,
Un día, y otro día, y diez, y ciento.
Y en tanto que otros niños más dichosos
En maternal regazo acariciados,
Ven trascurrir sus años venturosos
De infantiles placeres circundados,
El inocente Expósito perece
Y en su lenta agonía desfallece.
Madres, padres, ¿dó estais? ¿teneis acaso
El corazón más que los tigres, fiero?
¿O de amante ternura tan escaso,
Que no os conmueve el llanto lastimero
Ni el deshonor que por herencia dísteis
Al desdichado sér que concebísteis?
¿Qué culpa cometió el desventurado
Que pagar deba por delito ajeno?
¡Él, tan puro, tan bello y sonrosado!
¿Expiando del vicio el desenfreno
Y purgando entre oprobios é indigencia
El origen fatal de su existencia?
¡Madres! ¡madres! ¿dó estais? al Dios potente
¿Qué le direis del abandono horrible
En el día en que el alma delincuente

Juzgada deba ser, y el Juez terrible,
Cual requirió á Cain, os diga airado:
¿Qué hicísteis, qué, del hijo desdichado?
¿Qué alegareis? ¿que la opinión humana
Ordenó la crueldad de ese desvío?
¡Temeraria razón! ¡disculpa vana!
Hollais mil veces con valor impío
La santa ley de Dios sin que os asombre,
¿Y os amedrenta la opinión del hombre?
¿Y arrojais vuestra sangre envilecida,
Cual se arroja una flor medio tronchada,
Y volveis á los goces de la vida
Con frío corazón y alma gastada,
Sin que os lacere el pecho ni un momento
El justo torcedor remordimiento?
¿No se os figura en noche silenciosa
Oir doquiera un infantil quejido,
Y si os tiende la mano temblorosa
Un parvulillo hambriento y aterido,
No os parece que el lloro y el mendigo,
El hijo vuestro son, que os pide abrigo?
¡Oh, sí! mil veces sí, vuestra agonía
Es, infelices madres, sin consuelo.
Expiais vuestra falta noche y día,
Vuestro dolor sólo conoce el cielo,
¡Quién pudiera endulzar tanta amargura!
¡Míseras madres! ¡hijos sin ventura!
Mas esa ley terrible que os separa,
No se cura de pecho dolorido,
É impone á tal desliz, sentencia rara,
Lega al hombre el placer, goces y olvido,
A la mujer tenaz remordimiento,
Y á la inocencia, infamia y sufrimiento.
Infamia y orfandad, miseria y muerte
Espera al fruto de un delirio insano,
¿Y lo permitís vos, Dios justo y fuerte?
Acato humilde tan profundo arcano,
Mas os pide mi amor y fé inmutable
Que triunfe el inocente y no el culpable.
Caiga de hoy más la mancha infamatoria
En la frente del hombre empedernido,
Que por torpe pasión ó vanagloria
En tenaz seducción envejecido,
Del doméstico hogar la paz relega
Y de su sangre sin piedad reniega.
Recaiga sobre el padre que insensible
Deja al hijo expirante en esa cuna
Entre miseria y orfandad horrible
Robándole el amor, gloria y fortuna,
Y legándole en prenda de ternura
El oprobio, miseria y desventura.
Mas nunca ¡oh Dios! la afrenta del pecado
Manche este sér tan frágil é inocente;
Angel fué de los cielos separado:
Ampara su orfandad, Señor clemente
Y no como el espíritu caído
Sea de tí y del hombre aborrecido.
Tú, Señor, que en las aguas procelosas
El blanco nido del alción sustentas,
Y con la miel de las fragantes rosas
Las diminutas larvas alimentas,
Y las nacientes crías de los peces
Entre los musgos de la mar guareces;
Tú, que con fina tela cobijaste
El útil grano de la rubia espiga,
Y al manso corderillo engalanaste
Con el vellón tupido que le abriga,
Y á las aves con plumas de colores,
Y con sus frescas hojas á las flores;
Tú, Señor, Rey del orbe, que amoroso
Pobre Niño en Belem nacer quisiste,
Y con divino acento cariñoso,
Vengan á mí los niños, proferiste:
Vengan á mí los tiernos pequeñuelos,
Que de ellos es el reino de los cielos.
Ampara con tu amor la humilde cuna
De esa naciente grey abandonada,
Como el agua dormida en la laguna,
Sea de hoy más su vida sosegada
Y hagan, Señor, tus eternales juicios,
Que no la contamine error ni vicios.
De caridad avívese la llama,
Y sea cualquier la procedencia
Del pobre niño que piedad reclama,
Venga á nosotros, venga la inocencia;
Pues le bendijo tu divina mano,
Venga el hijo infeliz de nuestro hermano.
Conmuévaos su orfandad, almas piadosas,
Mitigad el rigor de su tormento,
¿No comprendeis sus quejas dolorosas?
¿No veis que os piden pan? dadles sustento,
Cubrid su desnudez con vuestro manto,
Con vuestro tierno amor secad su llanto.
Arrebatados de piedad ferviente,
Esos infantes míseros salvemos,
Quizás en ese sér frágil, muriente,
Nueva gloria á la patria reservemos,
¡Ay! tal vez nuestra ofrenda reducida,
A un Rómulo ó Moisés salve la vida.
Ceded, hombres, al niño abandonado
Lo que el delirio de una orgía os cuesta;
Ceded, bellas, el precio del tocado
Que brilla y se deslustra en una fiesta;
Ricos, cededles un puñado de oro,
Que en nombre suyo y el de Dios lo imploro.
Y no importa que el don humilde sea,
Si lo da rico afecto y pobre mano,
Recordad á la viuda de Judea
Que halló gracia en Jesús, Dios soberano,
Dad sin vana intención, con noble intento,
Y el señor os dará por uno, ciento.

María Josefa Massanés.

PODER DE AMOR.

Te juzgaba ¡oh amor! mi desvarío
Sol que en la ardiente juventud fulgura;
Y creía ilusión, sueño, locura
Tu seducción, tu gloria y poderío.
Pensaba que del tiempo al curso impío,
Perdiera su atractivo tu hermosura,
Y el placer de tu pérfida ventura
No volviera á turbar el pecho mío.
Mas, al imaginarme en dulce calma
Ya libre de tu yugo tan temido
Tu falsedad sabiendo y tus engaños;
Siento asombrado que despierta el alma
Y que tu dardo con traición me ha herido
A pesar del dolor y de los años.

Heraclio Martín de la Guardia.

MAURA

Novela dedicada á la inteligente y bella dama Carmen Romero Rubio de Diaz por Concepción Gimeno de Flaquer.

(CONTINÚA.)

Al oir esto el padre de Aureliano le tiró una silla á la cabeza, que por suerte fué á dar en la pared: el joven, ciego de ira, levantó la mano contra su padre; pero se detuvo exclamando:

—No, ni para defender á mi madre quiero faltar al respeto paternal que tanto me recomendó, y cerrando la puerta tras sí salió precipitadamente del cuarto de su padre.

El Señor de Brasel permaneció largo rato con la cabeza baja, entregado á mil meditaciones.

Poco después de esta escena, ocurría la siguiente en el gabinete de la Marquesa.

—Si, querido tío, decía Carlota, necesito dinero y antes de desprenderme de una joya, prefiero vender á Maura.

—Eres muy dueña de hacer lo que te plazca, Maura es tuya, dispon de ella á tu antojo.

Estos dos séres de alma pequeña y ruin, querian deshacerse de Maura, cada uno por sus fines particulares. La exaltación en que veían al joven la creían ocasionada por la mulata.

Largo rato continuaron hablando hasta que Carlota terminó la conversación diciendo á su tío apresuradamente:

—Nada, nada, decidido: poco tiempo falta para la feria, procuraremos cuidarla para que engorde y nos darán más por ella.

—Si es preciso le pones color postizo, pues con su palidez la rechazarán por enferma.

—En estos meses se repondrá.

Maura que se hallaba arreglando el cuarto contiguo, oyó toda la conversación.

Al escuchar la última frase, cayó de rodillas, llorando amargamente.

Dios mio, esclamó ¿hay justicia en la tierra? Voy á ser vendida como un caballo, ó un perro, y vendida en el mercado público. Mil chanzas deshonestas herirán mis oídos, atrevidas bromas tendré que sufrir, los libertinos se permitirán tocar mis miembros y hasta me desnudarán para hacer la tasación de mi cuerpo. No, no, eso no será, eso no puede ser. ¡Separarme para siempre de Aureliano, no, antes la muerte. Dios mío, apiadaos de mí, perdonad mis desatinos, atentar contra mi vida es un crimen: no quiero ser suicida, pongo toda mi fe en vos, iluminadme para que sepa yo conjurar esta nueva y desesperada situación.

Maura oró con fe, y después de la plegaria su semblante quedó inundado de alegría y esperanza.

El Doctor, vuelve pronto, decía hablando sola, él no es rico, pero en estos meses Aureliano me ayudará á ganar dinero, se lo daremos al Doctor, y no tendrá que poner tanto de su cuenta. El Doctor es muy bueno y me comprará para evitar que me lleven al mercado y me separen de Aureliano. Estando en casa del Doctor, Aureliano me verá todos los días. Tengo un medio para ganar dinero, ayer he leído en un diario que el escultor de la esquina necesita modelos y los pagará bien: todas las tardes, cuando compro las flores para esa infame mujer, sacaré media hora del tiempo que me dan y tendré un sueldo diario en casa del escultor. Mis formas son poco robustas, aunque bien contorneadas, pero la belleza que todos me ensalzan, servirá á un artista para representar al espíritu. Yo no puedo representar la materia. Si tuviese que padecer mi pudor nunca sería tanto como en el mercado público; un artista, es un sér delicado, cuya mirada procurará no lastimarme. Este plan se lo ocultaré á Aureliano, le enteraré de lo que proyecta su prima, y cuando él haya adquirido algún dinero le sorprenderé con el mío. ¡Ah! él tendrá un gran placer, porque su alma es muy noble, y me quiere como á una hermana.

Maura le comunicó á Aureliano la fatal noticia, callándose sus planes, y éste le aseguró que no sería vendida en el mercado público mientras él viviera, pues su imaginación le sugeriria medios para evitar tal desgracia.

VII

El estudio del escultor Samper, era magnífico: no pasaba por delante ningún transeunte sin que se detuviera á contemplar lo que desde la calle se podía ver. La planta baja como estudio que tenía que contener á veces gran peso, era alta de techo, el salón espacioso con fácil acceso, y á nivel de la vía púbica, entrada amplia y libre, grandes luces y muros resistentes, con todos los accesorios perfectamente combinados para el objeto. La puerta de entrada se hallaba casi siempre abierta con ese abandono natural en el artista. Un estudio de artista es un templo que siempre debe estar abierto para el que llega allí con fervor y entusiasmo, con el anhelo de pensar y sentir, con el afán de admirar. Dos hermosos jarrones antiguos á los lados y una graciosa reducción de un bajo relieve de Canova, formaban el adorno de la antesala del estudio. Al penetrar en él quedaba un observador estático de asombro. Profusión de objetos llenaban el espacio con encantador desorden. En los ángulos de aquel inmenso paralelógramo y á distancia equidistante se admiraban sobre elegantes ménsulas reducciones y copias preciosas de los monumentos más sobresalientes. Veíase la Venus de Milo y la de Médicis, el Gladiador, el Discobolo en reposo, el grupo de Laoconte, la Minerva de Fidias, la Niobe, el Antinoo, el Apolo de Belvedere, la Magdalena de Vinci y algunas obras de Miguel Angel: más arriba y sobre columnas de los más graciosos contornos que ideó el innovador genio del Renacimiento, ya en mármol ya en yeso y aún bronce, obras maestras modernas.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES

María Josefa Massanés, escritora española.—Léase el artículo de la distinguida literata Sra. Josefa Pujol de Collado.

Cuadro realista.—Un ratón.—El género realista no es una creación moderna, ni en las artes ni en las letras, pues todo buen pintor y todo buen literato se ha inspirado en la verdad: tan imperfecto es en el mundo del arte la copia servil de la verdad, como la falta de la verdad misma. El poeta y el artista tienen la misión de rendir culto á la belleza, y no porque sean reales nos han de presentar cosas repugnantes sin el atavío del arte, porque pugnarían contra el sentimiento estético. El cuadro que hoy presentamos es un modelo de gracioso realismo; ¿quién no ha visto alguna vez en su casa correr á las mujeres nerviosas, huyendo de un ratón! Véase la escena doméstica, admirablemente representada: unas se han subido sobre una silla, otras, en su fuga, han perdido unas zapatillas, mientras un chiquillo, arrastrándose por debajo de una mesa, señala donde se ha escondido el ratón.

Copia de un retrato de la esposa de Van Dyck, pintado por él mismo.—Van Dyck es el más famoso de los artistas que se han dedicado al difícil género de retratos: entre los muy notables que hizo, figura en su colección, diferentes veces, el de su muy amada esposa María Ruthven. El discípulo de Rubens nació en 1598 y murió en 1641; fué el retratista de las grandes damas y de los personajes históricos. Entre otros retratos de mujeres se cuentan el de la duquesa de Oxford, princesa de Orange y marquesa de Leganés.